

# La idea Juche que defiende la soberanía de los pueblos y Estados



## **Matteo Carbonelli**

Secretario general de la Sociedad Europea para el Estudio de la Idea Juche

Permítanme, ante todo, felicitar al Consejo Japonés de Enlace para el Estudio del Kimilsung–Kimjongilismo y al Instituto Internacional de la Idea Juche (IIIJ) por la organización de este importante Seminario de Conmemoración del 111 aniversario del natalicio del Presidente Kim Il sung, fundador de la ideología Juche.

Permítanme recordar también que este año se celebra el 45 aniversario del IIIJ, que durante todos estos años ha dirigido el Sr. Ogami Ken-ichi junto con la junta directiva y a través de sus filiales regionales, como: la sociedad regional asiática, la sociedad regional latinoamericana, la sociedad regional africana y la sociedad regional europea, y ha logrado una intensa y fructífera actividad de estudio, profundización, y difusión de la ideología Juche.

Veo en este Seminario a muchos participantes y deseo expresarles a todos mi respeto y consideración. Deseo agradecer especialmente a los organizadores que me han invitado y brindado la oportunidad de intercambiar puntos de vista con ustedes, así como de conocer las bellezas de Japón y su interesante y fascinante cultura.

Es para mi un verdadero placer y un honor hablar ante ustedes y establecer contactos que sin duda continuaran en el futuro, para discutir asuntos relacionados con la ideología Juche.

La numerosa participación de diferentes países en este Seminario atestigua el interés permanente y la vigencia de esta ideología en todo el mundo. Una ideología original que no

es una mera teoría, sino un sistema coherente y completo capaz de guiar la práctica.

Como todos ustedes saben, la Idea Juche fue elaborada por primera vez por el Presidente Kim Il Sung sobre la base de experiencias concretas en medio de la lucha del pueblo coreano por liberar a su país de la subyugación colonialista y luego por derrotar los ataques imperialistas. Su aplicación práctica, cada vez más enriquecida a lo largo de los años, ha permitido restaurar y salvaguardar la independencia y soberanía del país, y lograr también importantes resultados en el desarrollo; de una sociedad feudal y atrasada del pasado, a una sociedad moderna que garantiza la justicia social.

De hecho, el Presidente Kim Il Sung fue un destacado líder que dedicó toda su vida y actividad a la independencia y el socialismo, dejando sin duda una importante huella en la historia no sólo de su país. Fue, en efecto, un excelente general y estratega que condujo la lucha del pueblo coreano a la victoria en los campos de batalla, además de un hombre de gobierno capaz de brillantes éxitos en los diversos campos de la vida social, atento a las necesidades de la gente y ansioso por dar beneficios a todos ellos; y fue también un eminente pensador, autor de un nuevo sistema teórico para la independencia de los pueblos y la construcción de una sociedad socialista. Él fue y sigue siendo muy querido por el pueblo coreano, y su memoria y enseñanzas viven también en la gente progresista del mundo.

Realmente fue una personalidad de muy altas dotes y de altísimo nivel; y sin embargo era un hombre de la mayor sencillez. Si me permiten un testimonio personal, habiendo tenido el gran honor y privilegio, que conservo entre mis recuerdos más vívidos, de ser recibido por él. Esperaba, debido a la importancia de su papel y de la deferencia que todos le dispensaban, ser saludado por un funcionario, y luego por otro, y después recorrer un largo pasillo, y esperar en una sala de espera, antes de ser admitido en su presencia. Para mi sorpresa, nada de eso —a diferencia de otros jefes de estado— el presidente Kim Il Sung ya estaba delante de mi coche, me recibió personalmente con mucha cordialidad y me hizo pasar a una sala donde me dedicó largo rato respondiendo a mis preguntas y dilucidando con palabras sencillas y de gran claridad las cuestiones más complejas de las relaciones internacionales y el desarrollo social a la luz de los principios de la ideología Juche, y en particular del principio de independencia.

Podemos decir que la independencia es el pivote central de todo el sistema de la ideología Juche, que se basa en este principio como en círculos concéntricos a diferentes niveles interrelacionados entre sí: la independencia de los pueblos y estados, la independencia del propio pueblo y, dentro de ésta, la independencia del hombre.

Más precisamente, la Idea Juche, tomando al hombre como punto de partida y situándolo en el centro de todo, crea un sistema centrado en el hombre, en el que la necesidad de éste de ser libre e independiente, exige la independencia del pueblo al que pertenece, en el marco de la independencia mutua de los demás pueblos.

Personalmente debo admitir que el principio de independencia fue lo que, en primer lugar, me llevó a abordar el estudio de la ideología Juche, como clave histórica del desarrollo humano. Y creo que por esta razón la Idea Juche es digna de ser ampliamente difundida, estudiada y conocida, también en los países occidentales, o en algún otro lugar donde la historia, la cultura, y el sistema social y económico inducen el hábito de hablar más de los individuos y de los derechos humanos, a menudo, sin embargo, confundiéndolo con la ley del más fuerte y el consumismo de mercado.

De hecho, la Idea Juche puede considerarse como un nuevo humanismo ya que la posición del hombre es correctamente exaltada por esta teoría, cuyos pilares insisten en que el hombre es el dueño de todo y lo decide todo. Por tanto, es él quien forja su destino, con conciencia y voluntad, creando incluso las situaciones adecuadas, y es él quien debe ser el destinatario de toda la atención.

Obviamente no es el hombre atomizado en el individualismo desenfrenado y en la lucha por la supervivencia, de un individuo contra otro, como en las sociedades de tipo capitalista. Pero, haciendo hincapié en que el hombre es un ser social —como se puso de relieve en la mayoría de las filosofías antiguas hasta la época del Renacimiento en Europa, que culminó en el humanismo italiano antes de que se impusieran el capitalismo y el mercado— es el hombre el que vive en comunidad, en cuyo contexto sólo pueden desarrollarse armónicamente sus capacidades, en coordinación con las capacidades de los demás miembros, para alcanzar objetivos comunes que puedan beneficiar a cada uno de ellos.

Por lo tanto, la independencia del hombre sólo puede lograrse si se logra la independencia de la comunidad en la que vive y del pueblo al que pertenece; porque, si esto faltara, es decir, si su pueblo estuviera subyugado por otros, ningún hombre perteneciente a este pueblo subyugado podría ser libre e independiente.

Nos encontramos, por tanto, ante una teoría socialista original que, aunque llega a tener diversos puntos de contacto con otras teorías socialistas, se nutre de sus propios axiomas y se desarrolla de forma peculiar.

De hecho, la Idea Juche supera las limitaciones de las teorías anteriores basadas en el

determinismo o el énfasis excesivo en los factores materiales y económicos. Al afirmar que el hombre es el dueño de todo, la Idea Juche supera al marxismo-leninismo, que estudiaba las condiciones objetivas en un período histórico para hacer la revolución y tomar el poder.

La ideología Juche, basada en su conciencia y creatividad, asigna al hombre y a los pueblos un papel decisivo en la transformación del mundo y enseña también, como método y proceso intemporales, cómo continuar la revolución y conservar el poder. Esto no aplicando una norma preestablecida y general, sino según la situación concreta de cada país, apoyándose en sus propias fuerzas, atendiendo a las necesidades de las masas populares y mediante un trabajo ideológico continuo.

La aplicación constante de estos principios ha permitido en la RPDC a pesar de muchas dificultades, no sólo la creación de una nueva sociedad socialista junto a una rápida reconstrucción del país desde las cenizas de la guerra con nuevas y magníficas conquistas económicas y sociales, sino que también aseguró con su independencia la salvaguardia de estas conquistas contra todos los persistentes intentos de socavar su vida desde el exterior.

Esto ha sido posible gracias a la concienciación generalizada sobre estos principios. Y fue este enfoque el que permitió a la RPDC evitar el colapso que hizo naufragar a los países revisionistas de Europa del Este, y también dejó a las masas populares de otros países, como Italia —donde antes existía el mayor partido comunista de Europa— sin una guía política, a merced de los mecanismos del liberalismo capitalista. Ese colapso también dejó el camino libre a la hegemonía del imperialismo en gran parte del mundo y a sus pretensiones de establecer un mundo unipolar con una única superpotencia que extienda su hegemonía a todo el mundo.

En consecuencia, las prácticas hegemónicas de EE.UU., que habían cobrado impulso tras el final de la Segunda Guerra Mundial, aunque con importantes derrotas como la sufrida por la propia RPDC y luego por Vietnam, e incluso con la resistencia encontrada en otros países como Cuba, se han intensificado planteando peligros para la paz y la seguridad mundiales.

Para preservar y extender su hegemonía, Estados Unidos ha interferido en los asuntos internos de otros países, a menudo desestabilizándolos e instigando “revoluciones de colores” y “cambios de régimen”. Ha fomentado conflictos regionales e incluso, teorizando el uso de la guerra preventiva para enmascarar abusos, ha lanzado guerras utilizando mentiras como la eliminación de armas de destrucción masiva inexistentes en Irak, o ha lanzado otras guerras arrojándose la responsabilidad de proteger a los pueblos de otros países contra sus propios gobiernos como en Libia o en Yugoslavia.

Además, han mistificado ataques e intervenciones en otras situaciones al amparo de la guerra global contra el terrorismo. Proclamándose defensores del derecho internacional o gendarmes (policías) internacionales, han declarado que el resto del mundo debe seguir sus reglas y acusan a sus oponentes de crímenes internacionales, pasando por alto los suyos propios.

Ni siquiera se han avergonzado de la hipocresía de poner restricciones a la emisión de dióxido de carbono a la atmósfera y hablar sobre la protección del medio ambiente, mientras ellos recurren al uso de armas de uranio (radiactivo) empobrecido, que provocan muerte y agonía a las personas, y al planeta para las generaciones futuras, e incluso consideran lanzar bombas nucleares, siendo EE.UU. el único estado que ya lo hizo aquí mismo sobre Japón en Hiroshima y Nagasaki.

También han impuesto a menudo fuertes e ilegítimas sanciones, económicas y de diversos tipos, contra los Estados que no se someten. Más en general, con el pretexto de promover —a pesar de sus innumerables problemas sociales— sus conceptos de democracia, libertad y derechos humanos como si fueran mercancías que exportar mediante el uso de la fuerza, han impuesto su dominio como la “Pax Americana”.

Este supuesto nuevo orden mundial ha sido apoyado por algunos Estados capitalistas más ricos, como los estados de Europa Occidental, Japón, Canadá, Australia y otros más, estrechos aliados y sustancialmente dependientes de Estados Unidos, que han identificado la comunidad internacional con la comunidad occidental como si sus intereses fueran los de todo el mundo.

Pero más de seis mil millones de personas en el mundo, repartidas en los países más poblados, manifiestan cada vez más una oposición creciente a esta hegemonía; y desde hace ya mucho tiempo el dominacionismo de los Estados occidentales ha dado en varias ocasiones muestras de un innegable declive, a pesar de las afirmaciones en sentido contrario.

Como un animal herido de muerte, el imperialismo se retuerce en sus retorcimientos más desesperados y agresivos, tratando peligrosamente de derrocar a sus oponentes.

La Alianza Atlántica, que debía haberse disuelto tras la disolución de la Unión Soviética y de su opuesto militar, el Pacto de Varsovia, sólo ha cambiado de piel, adaptándose como una serpiente a la nueva situación y convirtiéndose en el brazo militar a través del cual Estados Unidos ha estrechado a sus aliados en torno a sí para ejercer sus planes de dominación regional y mundial.

La OTAN, como alianza militar supuestamente defensiva y en realidad la más agresiva del mundo, ve cómo Estados Unidos destina el año pasado un récord histórico de 840.000 millones de dólares a gastos militares y cómo el 4% de la población mundial cubre el 39% de los gastos militares de todo el planeta; y también obliga a los estados miembros a destinar cada vez más recursos financieros al rearme y a gastar para ello enormes y disparatadas sumas, sustrayéndolas de la prosperidad de las poblaciones, para intervenir bombardeando a otros países en las diversas guerras emprendidas y para preparar nuevas guerras.

En el continente europeo, en contra de los acuerdos alcanzados, Estados Unidos a través de la OTAN ha extendido su influencia “depredando” a los países de Europa del Este y a los de la antigua Unión Soviética; incorporándolos a su bloque militar, armándolos con medios de guerra avanzados y material bélico, y estableciendo bases militares hasta las fronteras rusas.

Recordando de forma inversa la proyectada instalación en 1962 de una base soviética en Cuba, para defenderse de los reiterados ataques estadounidenses que culminaron en el intento de invasión de Bahía de Cochinos (batalla de Playa Girón) —retirada rápidamente, pero por la que Estados Unidos estuvo a punto de desencadenar una tercera guerra mundial nuclear—, esta situación no podía dejar de encontrar la reacción de un país como la Federación Rusa amenazado tan de cerca. Y, de hecho, esta situación le provocó deliberadamente la alternativa de enfrentarse a una agresión en un futuro próximo o frustrarla, para proteger a las poblaciones rusoparlantes ya sometidas a ataques violentos, incluso mediante el uso de la fuerza tras los infructuosos esfuerzos por detener el expansionismo de la OTAN.

Esta expansión en curso en Europa, además, se inscribe en el marco de un plan estratégico global y corresponde a un plan similar para estrechar cada vez más a los estados de la región Asia-Pacífico, incluyendo en particular a Japón y Corea del Sur, en una interpenetración militar que, recuerda en algunos aspectos el Eje creado en los años treinta del siglo pasado entre el nazismo alemán, el fascismo italiano y el militarismo japonés, tiene como objetivo preparar un conflicto contra China y asegurarse la dominación mundial, aunque sea a riesgo de una catástrofe para toda la humanidad.

En este diseño, los estados occidentales y otros estados estrechamente dependientes de EE.UU., han seguido y aplicado las decisiones tomadas por EE.UU., sin tener en cuenta que sus intereses son en realidad divergentes y sin tener en cuenta siquiera la oposición de sus respectivos pueblos.

Envían soldados y armas en arriesgadas operaciones militares bajo el mando de Estados

Unidos, y han cedido porciones de su territorio a Estados Unidos para instalar bases, incluidas las nucleares, en diversos lugares en forma del llamado Collar de Perlas en el cuadrante Indo-Pacífico, y en numerosos lugares de Europa, que Estados Unidos acostumbra a considerar de su propiedad.

A este respecto, me viene a la memoria un famoso episodio que tuvo lugar en 1985 en la base de Sigonella (Italia), donde un avión que transportaba a unos terroristas palestinos se vio obligado a aterrizar y fue rodeado por los marines estadounidenses, que exigieron su entrega por el gobierno italiano de la época, con la intención de llevar a cabo un juicio autónomo, y que a su vez fueron rodeados por los Carabinieri, la policía militar italiana.

Y también recuerdo, entre otras, la masacre causada en 1998 en Cermis por pilotos de una base estadounidense en Italia, que, volando a baja altura para divertirse en aquel panorama, cortaron los cables de un teleférico causando la muerte de más de veinte personas, pero fueron apartados de la jurisdicción italiana, igual que el gobierno estadounidense suele apartar a sus soldados de las jurisdicciones locales sólo para ser absueltos por los jueces estadounidenses. En términos más generales, países como Estados Unidos se muestran muy solícitos a la hora de enjuiciar a otros, pero no quieren ser enjuiciados ellos mismos, por lo que no reconocen la Corte Penal Internacional, aunque aplauden cuando pone bajo acusación



Figuraban en el seminario de la idea Juche los delegados de Italia, México y Mongolia, junto con los jucheanos japoneses procedentes de todas las partes del país.

a súbditos de otros países.

Y, sin embargo, estas bases estadounidenses en territorio extranjero se convierten obviamente en objetivos y blancos militares enemigos, de modo que, mientras Estados Unidos echa leña al fuego desde lejos, son estos territorios, somos nosotros los que corremos el riesgo de ser incinerados. Todo esto, naturalmente, más allá de las profundas zanjas cavadas y de la separación de los países con los que se interrumpen los intercambios culturales y comerciales de interés mutuo, y más allá del resultado de llegar a depender únicamente de los intereses de los Estados Unidos, que se benefician sustituyéndolos por el modo de vida americano y por sus mercancías, a menudo más caras.

Además, los mismos gobiernos, proclamando que apoyan a Estados Unidos en la OTAN para defender la democracia amenazada, ignoran y pisotean la voluntad de sus pueblos, ya que la clara mayoría de los italianos, por ejemplo, al igual que la de otros pueblos, convencidos de que el único camino hacia la paz son las negociaciones, está decididamente en contra del envío de armas y de la escalada militar de la guerra en Ucrania, donde Estados Unidos y la OTAN libran una guerra por poderes a través de soldados ucranianos. Y, sin embargo, nuestros gobiernos siguen pavoneándose detrás de Estados Unidos con cascos en la cabeza.

Por lo tanto, hay una cuestión sobre la soberanía real y la independencia, y también hay una cuestión sobre la cacareada democracia en casa, la misma que dicen que quieren exportar y que dicen que van a defender con la guerra en otros países; junto con los derechos humanos, muchos de los cuales son pisoteados en casa.

Todos estos problemas se plantean hoy con especial agudeza y gravedad. Cada vez más pueblos del mundo exigen el fin de la Pax Americana, de la hegemonía unipolar, del dominacionismo que los países más fuertes, reunidos en torno a la potencia hegemónica, imponen por la fuerza a todo el planeta.

Surge la necesidad cada vez más urgente de una nueva arquitectura internacional o de un verdadero nuevo orden mundial, distinto del que propugnan los Estados imperialistas. Un orden en el que los países asumen una actitud de autosuficiencia para no depender de otros y respeten la independencia de los demás países.

En efecto, en el centro de todo ello se encuentra el respeto a la independencia, tan importante que incluso se considera en el derecho internacional un requisito para que los países sean verdaderos sujetos de este ordenamiento; y de ahí se derivan muchas otras normas

La Idea Juche, cuya piedra angular es precisamente, como hemos visto, la independencia,



puede ser un poderoso instrumento para hacer realidad esta aspiración de los pueblos en la era contemporánea.

Su correcta aplicación, que permitió al pueblo coreano bajo la dirección del Presidente Kim Il Sung liberarse primero del yugo colonial y vencer contra los ataques del imperialismo, al tiempo que alcanzaba importantes logros en la vida social, permitió también, bajo la dirección del Líder Kim Jong Il, como actualmente bajo la del Mariscal Kim Jong Un, salvaguardar su independencia y soberanía, junto con la afirmación, también mediante los principios del Songun, de un Estado dotado de un poderoso aparato de autodefensa, que el imperialismo ya no puede permitirse atacar impunemente.

Por eso, la Idea Juche puede mostrar el camino y guiar el avance de los pueblos para llegar a establecer un verdadero nuevo orden mundial, basado en algunos conceptos claves, como el respeto a la soberanía nacional y la independencia de todos los países, la no injerencia en los asuntos internos, la eliminación de las sanciones unilaterales, la autodeterminación de los pueblos, la promoción de la seguridad indivisible —según la cual la seguridad de un país no debe hacerse a expensas de otros— además de la solución pacífica de las controversias mediante el diálogo, la cooperación internacional en pie de igualdad y el beneficio mutuo.

Por todas estas razones, la Idea Juche, cuyo fundador, el Presidente Kim Il Sung, celebra hoy el 111 aniversario de su nacimiento, suscita cada vez mayor interés y es estudiada y profundizada cada vez más, por quienes en los diversos continentes militan a favor de la instauración de un mundo sin dominación ni opresión, por la construcción de países realmente independientes, que pongan en práctica la justicia social para que los pueblos y el hombre puedan ejercer libremente sus capacidades creadoras y vivir pacíficamente una vida digna.

(Conferencia dada en el seminario sobre la idea Juche realizado el 15 de abril de 2023  
en Tokio, Japón)